

Pero, puede preguntarse otra vez: «¿No hay en esto algo profundamente impío? ¿No excluimos al Dios Todopoderoso del mundo que ha hecho?»

Hemos sido á menudo testigos de la formación de una nube en un cielo puro. Un punto neblinoso, apenas perceptible, una pequeña faja de humedad aumenta de volumen y se hace más densa y oscura, hasta que cubre una gran parte del cielo. Forma fantásticas figuras y toma su luz del Sol; es arrastrada por el viento, y tal vez gradualmente como vino, gradualmente desaparece fundiéndose en el aire trasparente.

Ahora bien; decimos que las pequeñas vesículas de que estaba compuesta esta nube, provienen de la condensación del vapor de agua preexistente en la atmósfera, por reducción de la temperatura, y demostramos cómo adquieren las formas que presentan; asignamos razones ópticas para el brillo ó la oscuridad de la nube; explicamos por principios mecánicos su acarreo por el viento, y para su desaparición acudimos á las explicaciones de la química. Nunca nos ocurre invocar la intervención del Todopoderoso en la producción y aspecto de estas formas fugitivas. Explicamos todos los hechos que con ellas se relacionan por leyes físicas, y quizás dudáramos reverentemente en traer á estas operaciones el dedo de Dios.

Pero el Universo no es más que una nube semejante, una nube de soles y mundos, y por infinitamente grande que parezca á nuestra vista, para la Inteligencia Infinita y Eterna es tan solo un celajillo flotante. Si hay una multiplicidad de mundos en un espacio infinito, hay también una sucesión de mundos en tiempos infinitos. Así como las nubes se reemplazan unas á otras en el cielo, así el sistema estelar, el universo, es el sucesor de otros innumerables que le han precedido, y el predecesor de otros innumerables que le seguirán. Hay una metamorfosis incesante, una serie de hechos, sin principio ni fin.

Si por los principios físicos nos damos cuenta de los incidentes meteorológicos de menor importancia, nieblas y nubes, ¿no nos es permitido apelar al mismo principio para el origen de los sistemas de mundos y universos,

que son sólo nubes en un período de tiempo mayor, nieblas que se conservan algún tiempo más que las otras? ¿Puede ningún hombre trazar la línea que separa lo físico de lo sobrenatural? ¿No dependen completamente nuestros cálculos sobre la extensión y duración de las cosas de nuestro punto de vista? ¡Qué magnífica y trascendental escena veríamos si nos hallásemos en medio de la gran nebulosa de Orion! Las vastas transformaciones, las condensaciones en mundos del polvo inflamado, parecerían dignas de la presencia inmediata, de la inspección de Dios; aquí, desde nuestra lejana estación, donde millones de millas son inapreciables á nuestra vista y parecen los soles no más gruesos que átomos en el aire, esa nebulosa es más insignificante que la nube más tenue. Galileo, en su descripción de la constelación de Orion, no la creyó digna de ser mencionada. Los teólogos más rigurosos de aquellos días nada habrían tenido que vituperar, si se hubiese atribuído su origen á causas secundarias, y nada irreligioso hubieran encontrado en que no se hiciese intervenir la acción arbitraria de Dios en sus metamorfosis. Si tal es la conclusión á que venimos á parar respecto á ella, ¿cuál sería la idea que tendría de nosotros una inteligencia que en ella habitase? Ocupa una extensión, un espacio, millones de veces mayor que el de nuestro sistema solar; desde ella somos invisibles, y, por lo tanto, absolutamente insignificantes: ¿hubiera esta inteligencia creído necesario recurrir para nuestro origen y conservación á la intervención inmediata de Dios?

Del sistema solar, descendamos á lo que es aún más insignificante; á una pequeña porción de él: descendamos á nuestra Tierra. En el transcurso del tiempo ha experimentado grandes cambios: ¿han sido éstos debidos á intervenciones divinas incesantes, ó á la obra continua de una ley invariable? El aspecto de la naturaleza cambia perpetuamente ante nuestros ojos, y de un modo más grande é imponente ha cambiado en las épocas geológicas. Pero las leyes que presiden estos cambios jamás experimentan la menor variación. En medio de inmensas vicisitudes, son inmutables: el presente orden de cosas es sólo un simple eslabón de una vasta cadena que

se une á un pasado incalculable y á un futuro infinito. Hay pruebas geológicas y astronómicas de que la temperatura de la Tierra y de su satélite fué en tiempos remotos mucho más elevada de lo que es ahora; una disminución tan lenta como para ser imperceptible en cortos intervalos, pero manifiesta en el curso de muchas épocas, ha tenido lugar. El calor se ha perdido por radiación en el espacio.

El enfriamiento de una masa de cualquier clase, grande ó pequeña, es continuo y no se verifica por saltos ó intermitencias; tiene lugar por obra de una ley matemática, si bien no pueden aplicarse á estos inmensos cambios las leyes ni las fórmulas de Newton ni las de Dulong y Petit. Nada importa que períodos de disminución parcial, períodos glaciales, ú otros de elevación transitoria se hayan intercalado: nada importa que estas oscilaciones puedan provenir de variaciones topográficas, como las de nivel, ó de períodos en la irradiación solar. Un Sol periódico obraría como una simple perturbación en la disminución gradual del calor. Las perturbaciones de los movimientos planetarios son una confirmación de la atracción, no una prueba contra ella.

Ahora bien, una disminución de temperatura semejante debe haber sido seguida en nuestro globo de innumerables cambios de carácter físico. Sus dimensiones deben haber disminuído por contracción; la duración del día debe haberse acortado, y su superficie endurecido, produciéndose fracturas en las líneas de menor resistencia; la densidad del mar aumentaría haciéndose menor su volumen; la constitución de la atmósfera variaría, especialmente en la cantidad de vapor de agua y ácido carbónico que contenía; la presión barométrica disminuiría.

Estos cambios y otros muchos que podrían mencionarse, deben haber tenido lugar, no de un modo discontinuo, sino ordenado, puesto que el hecho principal, la disminución de calor que los causaba, seguía una ley matemática.

Pero, no sólo la naturaleza inanimada se ha hallado sometida á estos cambios inevitables: la naturaleza animada también lo ha estado simultáneamente.

Una forma orgánica de cualquier clase, vegetal ó animal, no sufrirá cambio alguno mientras no varíe el medio que la rodea; si ocurriera una alteración en éstos, el organismo sería modificado ó destruído.

La destrucción ocurre más fácilmente mientras más brusco es el cambio del medio; la modificación ó transformación es más posible mientras más gradual es éste.

Puesto que se demuestra ser cierto que la naturaleza inanimada en el curso de las edades sufrió grandes transformaciones; puesto que la corteza de la Tierra, el mar y la atmósfera no son ya lo que fueron en algún tiempo; puesto que la distribución de las tierras y océanos y todas las condiciones físicas han variado: puesto que ha habido tan grandes cambios en los medios que rodean las cosas vivientes en la superficie de nuestro planeta, se desprende necesariamente que la naturaleza orgánica debe haber pasado por destrucciones y transformaciones en analogía con dichos cambios.

¡Cuán copiosas, cuán abundantes son las pruebas de estas extinciones y variaciones!

Aquí otra vez debemos observar que, puesto que el mismo agente distribuidor seguía una ley matemática, estos resultados suyos deben considerarse como regidos por la misma ley.

Semejantes consideraciones, pues, claramente nos obligan á venir á la conclusión de que el progreso orgánico del mundo ha sido conducido por obra de una ley inmutable; no quebrantado ni determinado por intervenciones arbitrarias de Dios. Nos inducen á considerar favorablemente la idea de trasmutación de una forma en otra, más bien que la de creaciones repentinas.

La creación implica una aparición brusca; la transformación, un cambio gradual.

De este modo, se presenta á nuestra inteligencia la gran teoría de la evolución. Todo sér orgánico ocupa un lugar en la cadena de los acontecimientos: no es un hecho caprichoso y aislado, sino un fenómeno inevitable; tiene su sitio en este vasto y ordenado concurso que sucesivamente ha nacido en el pasado, se ha introducido en el presente y prepara el camino para el predestinado

porvenir. De paso en paso, en esta vasta progresión hay un desarrollo gradual, definido y continuo, un orden de evolución irresistible. Pero, en medio de estos grandes cambios, se conservan inmutables las leyes, que dominan sobre todo.

Si examinamos la introducción de cualquier tipo de vida en las series animales, vemos que se halla de acuerdo con la transformación, no con la creación. Principia bajo una forma imperfecta en medio de otras formas, cuyo tiempo casi está cumplido y que van ya á extinguirse; nace gradualmente una especie tras otra en sucesión más y más perfecta, hasta que después de muchas edades alcanza su culminación; de aquí sigue de un modo análogo un descenso ó degeneración larga y graduada.

Así, aunque el tipo de los mamíferos sea característico de los períodos terciario y post-terciario, no aparece en ellos súbitamente y sin preparación. Más atrás, en el secundario, lo hallamos bajo formas imperfectas, luchando como para conquistar su puesto. Al cabo, alcanza cierto predominio bajo más elevados y mejores modelos.

Esto ocurre también con los reptiles, tipo característico del período secundario; así como vemos en los cuadros disolventes desaparecer de un modo confuso los detalles de un paisaje que se funde en los más acentuados del cristal que nuevamente se coloca, va ganando en fuerza, alcanza su culminación y luego se desvanece en algún otro, así la vida de los reptiles aparece dudosa, alcanza su culminación y gradualmente degenera. En todo esto nada hay brusco, y las tintas se cambian unas en otras por grados insensibles.

¿Cómo podría ser de otro modo? Los animales de sangre caliente no pueden vivir en una atmósfera tan cargada de ácido carbónico como la de los tiempos primitivos. Pero más tarde esta sustancia nociva fué absorbida del aire por las hojas de las plantas bajo el influjo de la luz solar, y envuelto su carbono en la Tierra en forma de carbón, el desprendimiento del oxígeno les permitió vivir. Al modificarse así la atmósfera, participó el mar de este cambio; devolvió una gran parte de su ácido carbó-

nico, y las masas calizas que á su favor tenía en disolución, se depositaron en forma sólida. Por cada equivalente de carbono sepultado en la Tierra, hubo un equivalente de carbonato de cal separado del mar, no precisamente en estado amorfo, sino con más frecuencia bajo forma orgánica. La luz del Sol trabajó un día y otro, pero fueron necesarios millares de ellos para completar la obra. Hubo un tránsito lento de una atmósfera nociva á otra purificada, é igualmente un tránsito lento de los animales de sangre fría, á los animales de sangre caliente. Pero los cambios físicos tuvieron lugar bajo el imperio de una ley, y las transformaciones orgánicas no fueron repentinas, como actos arbitrarios providenciales; sino inmediatas é inevitables consecuencias de los cambios físicos, y, por lo tanto, como ellos, resultado necesario de la ley.

Consideraciones más detalladas de este asunto puede encontrarlas el lector en los capítulos I, II y VII del segundo libro de mi *Tratado de Fisiología humana*, publicado en 1856.

¿Está el mundo, pues, gobernado por la ley ó por una intervención providencial, que bruscamente rompe y detiene el curso de los acontecimientos?

Para completar nuestra opinión en este asunto, volvamos, finalmente, la vista á lo que en un sentido puede considerarse como de poca significación, si bien en otros es de mucha importancia. ¿Muestran las sociedades humanas, en su carrera histórica, señales de un progreso predeterminado en una senda inevitable? ¿Hay alguna prueba de que la vida de las naciones está sometida á una ley inmutable?

¿Podemos deducir que en la sociedad, como en el individuo, nada sale de la nada, sino que hay una evolución ó desarrollo de formas que tenían existencia anterior?

Si alguno censura ó ridiculiza la doctrina de la evolución ó desarrollo sucesivo de las formas animadas, que constituye la no interrumpida cadena de los seres orgánicos, desde los principios de la vida en el globo hasta los tiempos presentes, reflexione que él mismo ha pasado por las modificaciones que rechaza; durante nueve meses

fué acuático su tipo de vida, y en ese tiempo tomó varias formas distintas, pero correlativas; al nacer, su tipo de vida se hizo aéreo y empezó á respirar el aire atmosférico; nuevos elementos de alimentación se le aplican, cambia su modo de nutrición, pero todavía no puede ver nada, oír nada, ni notar nada. Por grados adquiere conciencia de la vida y percibe que hay un mundo exterior. En tiempo oportuno aparecen otros órganos adaptados para un cambio de alimento: son los dientes, y sigue dicho cambio. Pasa luego por la niñez y la juventud, se desarrolla su forma corporal y con ella su poder intelectual. A los quince años, á consecuencia de la evolución de una parte especial de su sistema, cambia su carácter moral; nuevas ideas y pasiones le asaltan; y que aquella era la causa y éste el efecto, se demuestra cuando por la habilidad del cirujano se destruye aquella parte; no acaba aquí el desarrollo ó metamorfosis; se necesitan algunos años para que el cuerpo adquiriera toda su perfección, y otros tantos para la del alma; se alcanza al fin la culminación y en seguida empieza el descenso; no necesito pintar sus tristes incidentes, la debilidad física é intelectual. Quizás no hay exageración en decir que, en menos de un siglo, todo sér humano en la superficie del globo, si no ha sido arrebatado prematuramente, ha pasado por todos estos cambios.

¿Hay, pues, para cada uno de nosotros una intervención providencial, cuando pasamos de un estado á otro de la vida, ó creeremos más bien que los millares sin cuento de seres humanos que han poblado la tierra se han hallado bajo el dominio de una ley inmutable y universal?

Pero los individuos son los elementos constituyentes de las comunidades ó naciones. Mantienen entre sí una relación como la de las partes del cuerpo: éstas, unidas en él, empiezan y cumplen sus funciones; mueren y son eliminadas.

Como el individuo, nace la nación sin su propio conocimiento y muere sin su propio consentimiento y á menudo contra su propia voluntad. La vida nacional no difiere en nada de la individual, excepto en que dura mucho más tiempo; pero ninguna nación se libra de su

término inevitable. Todas ellas, si se considera bien su historia, muestran su época de niñez, de juventud, de madurez y de descenso, si sus fases de vida son completas.

En las fases de toda existencia, si aquéllas son completas, hay caracteres comunes, y como uniformidad, lo que revela que todas viven bajo el reino de la ley; podemos de esto inferir que la vida de las naciones, y ciertamente el progreso de la humanidad, no tiene lugar por azar ó capricho, que la intervención sobrenatural nunca rompe la cadena de los hechos históricos, que todo suceso tiene su origen en otro anterior y engendra otros posteriores.

Pero esta conclusión es el principio esencial del estoicismo, aquel sistema filosófico griego que, como ya he dicho, ofreció un apoyo en sus horas de prueba y una guía segura en las vicisitudes de la vida, no sólo á muchos griegos ilustres, sino á algunos de los grandes filósofos, hombres de estado, generales y emperadores de Roma; sistema que excluía el azar de todo y que consideraba los sucesos como dirigidos por una necesidad irresistible hacia el perfecto bien; sistema de energía, austeridad, virtud, severidad, protesta viva en favor del sentido común de la humanidad. Y tal vez no disentiremos de la observación de Montesquieu, cuando afirma que la destrucción de los estoicos fué una gran calamidad para la raza humana, pues ellos solos eran grandes ciudadanos, grandes hombres.

La cristiandad latina en su forma papal es absolutamente contraria al principio del gobierno por leyes. La historia de esta rama de la Iglesia cristiana es casi un diario de milagros é intervenciones sobrenaturales; donde se demuestra que las súplicas de los hombres de bien han detenido á menudo el curso de la naturaleza, si acaso es que existe ciertamente este curso; que imágenes y pinturas han obrado prodigios; que huesos, cabellos y otras reliquias sagradas han verificado milagros. El criterio ó prueba de la autenticidad de muchos de estos objetos no es la investigación de su origen é historia, sino la exhibición de su poder milagroso.

¿No es una lógica extraña la que encuentra pruebas de un hecho incierto en la demostración inexplicable de otro?

Aun en los tiempos de la más profunda ignorancia, los cristianos inteligentes deben haber confiado poco en esta intervención providencial ó milagrosa. Hay una grandeza solemne en el ordenado progreso de la naturaleza, que nos impresiona profundamente; y es tal el carácter de continuidad en los sucesos de nuestra vida individual, que instintivamente dudamos de que á otros pueda ocurrirles nada sobrenatural. El hombre inteligente sabe bien que nunca se ha cambiado para utilidad suya el orden de la naturaleza; para él nunca se ha obrado ningún milagro; atribuye precisamente todo suceso de su vida á algún otro anterior y considera el uno como causa del otro; cuando oye afirmar que en favor de otro hombre se ha verificado alguna intervención maravillosa, no puede creer sino que ese está engañado ó quiere engañar á los demás.

Como hubiera podido preverse, la doctrina católica de la intervención milagrosa recibió un rudo contratiempo de la Reforma, cuando la predestinación y la gracia estaban sostenidas por varios grandes teólogos y era aceptada por algunas de las principales Iglesias protestantes. Con austeridad estoica, declara Calvino; «Fuimos elegidos de toda eternidad, antes de la formación del mundo, no por nuestro mérito, sino por los juicios de la voluntad divina.» Al afirmar esto Calvino, se apoyaba en la idea de que Dios tiene decretado de toda eternidad lo que debe suceder. Así, pues, tras un período de muchos años, se destacaron de nuevo las ideas de los basilidianos y valentinianos, sectas cristianas del siglo II, cuyas opiniones gnósticas conducían á ingerir la gran doctrina de la Trinidad en el cristianismo. Aseguraban que todas las acciones de los hombres son necesarias, que hasta la fe es un don natural, á la cual están predestinados ciertos hombres precisamente, y deben por lo tanto salvarse, aunque sus vidas sean irregulares. Del Dios Supremo proceden todas las cosas; así es que alcanzaron gran estimación las opiniones que desarrolla San

Agustín en su obra *De dono perseverantia*. Estas eran: que Dios, por su voluntad arbitraria, ha escogido á ciertas personas sin atender á sus buenas obras ó á su fe, y ha ordenado que recaiga en ellas la felicidad eterna; otras personas, del mismo modo, han sido condenadas al castigo eterno. Los sublapsarios creían que «Dios permitió la caída de Adán»; los supralapsarios, «que lo tenía predestinado con todas sus perniciosas consecuencias, de toda eternidad, y que nuestros primeros padres no tuvieron libertad, ni en un principio». Al hablar así, olvidaban estos sectarios la observación de San Agustín. *Nefas est dicere Deum aliquid nisi bonum predestinare.*

¿Es cierto, pues, que «la predestinación á la felicidad eterna es el objeto impercedero de Dios, por lo que, antes de la fundación del mundo, ha decretado en sus consejos, secretos para nosotros, entregar á la condenación á aquellos que ha escogido entre la multitud? ¿Es cierto que de la familia humana hay algunos que, sin haber cometido ninguna falta propia, han sido condenados por el Altísimo á la miseria y torturas eternas?»

En 1595, los artículos de Lambeth afirmaban que «Dios desde la eternidad ha predestinado á ciertos hombres á la vida y á otros á la muerte.» En 1618, el Sínodo de Dort se decidió en favor de esta opinion, condenó á los que se opusieran á ella y los trató con tal severidad, que muchos de ellos tuvieron que fugarse á países extranjeros. Aun en la Iglesia de Inglaterra, como manifestó por su décimo-séptimo artículo de fe, hallaron favor estas doctrinas.

Probablemente, no ha habido punto de controversia jamás que haya acarreado sobre los protestantes, por parte de los católicos, condenas más severas, por aceptar la ley como gobierno del mundo. En toda la Europa reformada, cesaron los milagros; pero con la extinción de las curaciones por las reliquias, se acabaron también grandes beneficios pecuniarios. Es bien sabido que la venta de indulgencias fué lo que provocó la Reforma, indulgencias que en el fondo son un permiso de Dios para practicar el pecado, á condición de pagar cierta suma al clero.

Filosóficamente, la Reforma implica una protesta con-

tra la doctrina católica de la continua intervención divina en los negocios humanos, invocada por un agente sacerdotal; pero esta protesta distaba mucho de ser completa en todas las Iglesias reformadas. Las pruebas en apoyo del gobierno por la ley, que han sido presentadas en estos últimos años por la ciencia, se reciben por muchas de ellas con desconfianza, quizá con desagrado; sentimientos, sin embargo, que se desterrarán con el tiempo ante la multiplicidad de las pruebas.

¿No terminaremos, pues, con Cicerón, citado por Lactancio, diciendo: «Una ley eterna é inmutable abraza todas las cosas y los tiempos?»

## CAPÍTULO X

### El cristianismo latino en sus relaciones con la civilización moderna.

Durante más de mil años, el cristianismo latino gobernó la inteligencia de Europa y es responsable del resultado. Este resultado se manifiesta por la condición de la ciudad de Roma cuando la Reforma y por la condición del continente europeo en su vida doméstica y social.—Las naciones europeas soportaban el dualismo coexistente de un gobierno espiritual y otro temporal.—Estaban sumergidas en la ignorancia, la superstición y la miseria.—Explicación de la decadencia del catolicismo.—Historia política del papado; cómo pasó, de confederación espiritual á monarquía absoluta.—Acción del colegio de cardenales y de la curia.—Desmoralización ocasionada por la necesidad de obtener exorbitantes impuestos. Los progresos ocurridos en Europa durante la dominación católica no dependieron de ésta, sino fueron incidentales. El resultado general de la influencia política del catolicismo fué perjudicial á la civilización moderna.

El cristianismo latino es responsable de la condición y progreso de Europa del siglo iv al xvi. Tenemos ahora que examinar cómo cumplió este cometido.

Será conveniente limitemos á Europa los elementos que traigamos al debate, aunque por las pretensiones del papado á un origen sobrehumano y á la obediencia universal, podríamos muy bien pedirle cuenta de la condición de toda la humanidad. Su ineficacia contra las grandes y venerables religiones del Este y del Sur del Asia se presta á consideraciones importantes é instructivas, y nos lleva á la conclusión de que únicamente ha podido establecerse donde las influencias imperiales de Roma han prevalecido, deducción política que es rechazada por él desdeñosamente.

Sin duda hubo muchas personas, al principio de la Reforma, que compararon la condición de la sociedad existente con la que había alcanzado en tiempos antiguos.